

*Un error de Filipo: desistimiento de sitiar a Ámbraco.—Irrupción de Escopas en Macedonia.—Conquistas de Filipo en Etolia.—El paso del Aqueloo.—Conquistas.*

Al mismo tiempo que ocurría esto en el Peloponeso (año -220), el rey Filipo, cruzando Tesalia, arribó a Epiro, donde, juntando a sus macedonios, todos los epirotas, trescientos honderos que le habían llegado de la Acaya y otros tantos cretenses que le enviaron los polirrenios, pasó adelante, y por el Epiro llegó al país de los ambraciotas. Si de repente y sin dilación hubiera penetrado y roto de improviso por en medio de Etolia con tan poderoso ejército, el fin de la guerra era inevitable. Pero el haberse detenido a sitiar a Ámbraco a ruegos de los epirotas dio lugar a los etolios, no sólo para aguardarle a pie firme, sino para tomar sus medidas y pertrecharse para adelante. Los epirotas en esto prefirieron su interés particular al común de los aliados. Deseaban con ansia apoderarse de Ámbraco, y a este fin suplicaron a Filipo pusiese sitio y tomase primero esta fortaleza; seguros de que el único medio para recobrar de los etolios Ambracia, que tanto apetecían, era si, dueños de este castillo, llegaba a tener la ciudad en un continuo sobresalto. Ámbraco es una fortaleza bien construida, guarnecida de muros y obras avanzadas. Está situada en un lugar pantanoso, que no ofrece más entrada desde el país que una angosta y hecha de tierra movediza. Domina ventajosamente todo el territorio y ciudad de los ambraciotas. Filipo, pues, a ruego de los epirotas, había acampado en torno a este castillo, y hacía los preparativos para su asedio.

En el transcurso de este tiempo, Escopas, con todo el pueblo etolio, atravesando Tesalia, rompió por Macedonia, corrió talando las llanuras de Pieria y, obtenido un rico botín, torció su marcha hacia Dión. Penetró en esta ciudad, que habían abandonado los moradores, y arruinó sus muros, casas y academia. Prendió fuego a los pórticos del templo, profanó todos los demás dones que había, o para el adorno o para la necesidad de los que acudían a las festividades, y echó por tierra los retratos de los reyes. A pesar de que en los primeros movimientos y ensayos de la guerra había llevado sus armas, no sólo contra los hombres, sino contra los dioses, cuando estuvo de regreso en Etolia, lejos de ser tenido por impío, se le consideró como hombre benemérito de la República, se le honró, se llevó la atención de todos, y con su persuasiva llenó a los etolios de espíritu y de nuevas esperanzas. De forma que por ahí infirieron que, en el supuesto de que nadie osaría presentárseles delante, talarían impunemente no sólo el Peloponeso, como lo tenían por costumbre, sino también Tesalia y Macedonia.

Filipo, cuando escuchó lo que pasaba en Macedonia, aunque reconoció al punto que él pagaba la pena de la ignorancia y obstinación de los epirotas, no obstante continuó el sitio. Hizo levantar terraplenes y demás obras con tanta eficacia, que, aterrados los de dentro, se apoderó del castillo al cabo de cuarenta días. Convino en que saliese libre la guarnición etolia, compuesta de quinientos hombres, y entregó el castillo a los epirotas, con lo que sació su codicia. Él emprendió la marcha con el ejército por Caradra, con el propósito de cruzar el golfo Ambracio por aquella parte próxima al templo de los acarnanios llamada Accio,

que es la más estrecha. Este golfo viene del mar de Sicilia por entre el Epiro y la Acarnania. Su embocadura es tan angosta, que no llega a cinco estadios; pero avanzando tierra adentro, tiene cien estadios de ancho, y trescientos de largo desde el mar de Sicilia. Separa el Epiro y la Acarnania, teniendo aquél hacia el septentrión, y ésta hacia el mediodía. Filipo, pues, hizo pasar su ejército por este estrecho, cruzó la Acarnania y vino a parar a Fitea, ciudad de Etolia, luego de haber aumentado su armada con dos mil infantes acarnanios y doscientos caballos. Acampado sobre esta plaza, le dio tan vigorosos y terribles asaltos, que a los dos días la tomó por convenio, dejando salir a salvo la guarnición. La noche siguiente, llegaron al socorro quinientos etolios, en la opinión de que no estaba aún tomada. Pero Filipo, advertido de su llegada, les tiende una emboscada en ciertos puestos ventajosos, da muerte a los más y hace prisionero el resto, a excepción de muy pocos. Después, habiendo distribuido al ejército raciones de trigo para treinta días (era mucha la abundancia que había hallado en los silos de Fitea), prosiguió su camino, dirigiéndose hacia Estrato. Aquí sentó su campo en las márgenes del Aqueloo, a la distancia de diez estadios de la ciudad, desde donde talaba impunemente la campiña, sin que nadie se atreviese a hacerle resistencia.

La guerra tenía ya cansados a los aqueos por este tiempo y conociendo que el rey se hallaba cerca, enviaron diputados a implorar su socorro. Éstos alcanzaron a Filipo cuando estaba aún en Estrato; y entre otras cosas que contenían sus instrucciones, le hicieron ver el rico botín que sacaría su ejército de esta guerra, si doblado el cabo de Rion hiciese una invasión por la Élide. El rey, después de haberlos escuchado, retuvo consigo a los diputados bajo pretexto de que tenía que consultar sobre sus pretensiones; pero mientras levantó el campo y marchó hacia Metrópolis y Conope. Los etolios abandonaron Metrópolis y se acogieron en la ciudadela. Filipo, prendido fuego a la ciudad, prosiguió sin detenerse hacia Conope. Allí reunida la caballería etolia, intentó disputarle el paso del río veinte estadios más abajo de la ciudad, persuadida de que o se lo prohibiría del todo, o a lo menos sería el pasaje a mucha costa. El rey, que penetró su propósito, ordenó que los armados de escudos entrasen primero en el río y lo atravesasen unidos por mánipulos y en forma de tortuga. Realizado esto, lo mismo fue estar del otro lado la primera cohorte, que atacarla la caballería etolia por un breve rato; pero viendo la firmeza de ésta, cubierta con sus escudos, y que la segunda y tercera iban pasando para apoyar con sus armas a la que se estaba defendiendo, sin efecto y con trabajo se retiraron y acogieron en la ciudad. De allí adelante desapareció aquel furor etolio, y quedó encerrado dentro de los muros.

Pasó finalmente el rey el Aqueloo, taló impunemente la campiña y... *se acercó* a Itoria. Es éste un castillo muy fortificado por la naturaleza y el arte, situado ventajosamente sobre el camino que llevaba el ejército. Apenas llegó Filipo, cuando, amedrentada la guarnición, desamparó el puesto. Apoderado de él, el rey lo destruyó; y los forrajeadores recibieron asimismo orden de arrasar los demás fuertes del país. Pasado que hubo los desfiladeros, caminó poco a poco y a lento paso, dando tiempo a las tropas para saquear la campiña; y cuando el ejército estuvo provisto de todo lo necesario, llegó a Eniade, desde donde pasó el campo a Peanio, que decidió tomar primero. Efectivamente, después de frecuentes ataques rindió por fuerza la ciudad, en espacio no muy grande, pues no llegaba a siete es-

tadios; pero en magnificencia de casas, muros y torres, nada inferior a otras. Los muros de esta plaza fueron arrasados, las casas arruinadas; pero las maderas y tejas se metieron con cuidado en barcas para conducir las por el río a Eníade. Los etolios al principio pensaron conservar la ciudadela, guarneciéndola de muros y demás pertrechos; pero aterrados con la llegada del rey, la abandonaron. Después de haberse apoderado de esta plaza, fue a acampar a un fuerte castillo de la Calidonia, llamado Eleo, guarnecido de muros y bien provisto de municiones, que Átalo había dado a los etolios. Dueños también los macedonios de esta fortaleza a viva fuerza, talaron toda la Calidonia y regresaron a Eníade. Entonces Filipo, atento a la bella situación que posee esta plaza, principalmente para pasar al Peloponeso, sin contar con otras ventajas, pensó cercarla de muros. Efectivamente, está situada sobre la orilla del mar, en el extremo de la Acarnania confina con la Etolia, hacia el principio del golfo de Corinto. Sobre la costa opuesta está la ciudad de los dimeos en el Peloponeso, y no lejos de allí el promontorio Áraxo, a cien estadios de distancia. Atento a estas proporciones, el rey fortificó la ciudadela por sí sola; después, ciñendo con muros el puerto y los astilleros, emprendió unirlos con aquélla, valiéndose para estas obras de los materiales que había hecho venir de Peanio.